

inicio, la novela cervantina ofrece a sus lectores importantes claves interpretativas cifradas en los nombres, otro tanto ocurre en el texto canettiano. El nombre del protagonista, Kien, evoca la leña resinosa y anticipa el impresionante final en que lo vemos arder junto a su biblioteca. En su colección de ensayos *Das Gewissen der Worte* (*La conciencia de las palabras*), el propio autor explica cómo estuvo barajando otros nombres igualmente simbólicos antes de decidirse por el definitivo (nombres como el de *Brand* –«incendio»–, o, simplemente, la inicial *B* –abreviatura de *Büchermensch*, «hombre-libro»).

Las pequeñas coincidencias señaladas hasta ahora no rebasarían la categoría de curiosidad si no fuera porque se enmarcan en un contexto más amplio y trascendente donde cobran pleno sentido. A fin de cuentas, y si lo consideramos con atención, los tres grandes temas que vertebran el *Quijote* son los mismos que sostienen la maquinaria novelesca de *Auto de fe*: (a) una meditada reflexión sobre las complejas relaciones entre locura y cordura, (b) un largo interrogante sobre qué cosa es la realidad, y (c) los efectos que el libro y la palabra impresa tienen sobre algunos lectores. Tres temas comunes desarrollados sobre el trasfondo del conflicto que enfrenta al individuo con la sociedad (individuo *versus* vulgo, en formulación cervantina; individuo *versus* masa y poder, en formulación canettiana). Antes de centrarnos en la última de estas ramificaciones temáticas, la del libro, veamos brevemente la sorprendente similitud con que ambos novelistas perfilan las dos primeras.

¿Quién puede afirmar con certeza qué es lo real?, ¿alguien puede estar seguro de sus propias percepciones?, ¿poseen las personas o las cosas una realidad objetiva? Tanto Canetti como Cervantes tienen la extraña habilidad –y más extraña todavía en un escritor de la Edad de Oro– de minar de dudas el terreno que pisa el desconcertado lector. Desde que Américo Castro planteara con rigor la cuestión de lo real en la obra cervantina –esa *realidad oscilante o problemática*, como suele llamársele–, hemos tenido que sustituir la forma verbal *es por parece*. Porque, en el *Quijote*, todo se expresa por medio de conjeturas, hipótesis y fórmulas aparentiales: las bacías parecen yelmos, la edad de los personajes sólo se conoce aproximadamente, los nombres tampoco gozan de gran estabilidad («se debía de llamar “Quijada”, y no “Quesada”», 43, «se le debió de poner nombre de “Panza” y de “Zancas”», 109), los objetos se desdibujan («descubrieron treinta o cuarenta molinos», 94) y el tiempo cae en garras de la pura subjetividad (tras emerger de la cueva de Montesinos, el hidalgo sentencia: «quizá lo que a nosotros nos parece un hora debe de parecer allá tres días con sus noches», 824). Pero lo más terrible es que esta inestabilidad afecta también

a las relaciones humanas, a la percepción del *otro*, que se convierte de este modo en el enigma supremo que nadie puede descifrar, ni siquiera él mismo<sup>7</sup>. ¿Quién es más real, Dulcinea o Aldonza Lorenzo? Una vez más, la lucidez de don Quijote nos proporciona una respuesta que rezuma relativismo por los cuatro costados:

«Bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta [...]. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad [...]. Y diga cada uno lo que quisiere” (285)».

En *Auto de fe*, cada personaje tiene una percepción peculiar –a menudo distorsionada por factores como el miedo o el egoísmo– de lo que ocurre en el extrarradio de su ser, más allá de los límites del yo. Es un mundo desintegrado y delirante que se descompone en mil pedazos que no encajan. Un mismo hecho suscita miradas e interpretaciones múltiples, dispares e incluso disparatadas, ya que los otros constituyen un oscuro interrogante imposible de penetrar<sup>8</sup>: «¿Quién es usted realmente, caballero?» (314), le pregunta a Kien un cada vez más desconcertado jefe de policía, incapaz de ordenar las piezas y reconstruir el rompecabezas humano. Es el mismo misterio que entraña don Quijote para don Diego, el Caballero del Verde Gabán, que no se atreve a sentenciar si bajo el hidalgo manchego se esconde el mayor loco o el mayor cuerdo del mundo.

Las malas pasadas que a menudo les juegan los sentidos no hacen más que incrementar el grado de confusión y desconcierto ante la realidad. Tanto Kien como don Quijote son víctimas de frecuentes alucinaciones que les llevan a interpretar erróneamente los estímulos procedentes del mundo exterior. Es difícil leer el episodio en que Kien ve y oye a su esposa –a la que creía muerta– sin recordar la perplejidad del hidalgo ante la inesperada visita nocturna de la moza asturiana Maritornes, cuando todos los sentidos –y no sólo la vista, como es habitual– lo persuaden de que la mujer que tiene entre sus brazos es una altísima princesa. También Kien confiesa a propósito del episodio vivido: «todos mis sentidos me han traicionado, no sólo la vista» (308). Es así como, en ambas novelas, el tema de la realidad problemática acaba desembocando de manera natural en el de la locura, o,

<sup>7</sup> Como escribe Canetti en sus Apuntes: «la palabra más imprecisa de todas: yo» [2000: 141].

<sup>8</sup> Esta lectura múltiple de una sola realidad tiene su máximo exponente en el episodio del *Thersianum* que se desarrolla en el capítulo «El ladrón» (pp. 295-296).

si se prefiere, en la imprecisa línea que separa locura y sensatez. Tan escudridizo como el concepto de realidad es el concepto de cordura. Aunque en *Auto de fe* se enuncie un criterio clarificador –«el que es capaz de deslindar la fantasía de la realidad, bien puede estar seguro de sus facultades mentales» (387)–, en la práctica la observación se revela como irónica e inviable, ya que ningún personaje la asume, ni Kien –un discapacitado social para quien nada existe más allá de sus libros–, ni Teresa –deslumbrada por un mezquino vendedor de muebles–, ni Fischerle –el jorobado estafador que se cree campeón mundial de ajedrez–, ni Pfaff –el brutal y sádico portero que se ve a sí mismo como padre amantísimo–. Los paralelismos con la novela cervantina siguen siendo increíbles, ya que, aunque don Quijote pasa por ser el loco, los otros no le van a la zaga, comenzando por un escudero que ambiciona el gobierno de una ínsula sin siquiera saber qué es una ínsula, y acabando por unos duques dispuestos a llenar sus interminables horas de ocio a costa del sufrimiento ajeno. Otra coincidencia sintomática es que, en ambas novelas, junto al «loco oficial» –don Quijote, Peter Kien– se alza la contrafigura del «cuerdo oficial» –don Diego, George Kien–, representante del más puro sentido común y cuyo racionalismo paralizador, estéril y anestésico obliga al lector a replantearse una serie de valores: ¿es la locura, a fin de cuentas, maldición o bendición?, ¿debemos perseguir la razón a cualquier precio? Es el propio George, el hermano psiquiatra del protagonista, quien, en un instante de clarividencia, formula las dudas en voz alta: «Vivimos encaramados sobre nuestra sólida razón como los avaros sobre su dinero. Mas la razón, tal como la entendemos, es un malentendido. ¡Si existe una vida puramente espiritual, es sin duda la que lleva este loco!» (413). Se diría que, a unos cuantos siglos de distancia, bajo sus palabras resuena todavía el eco de la Moria erasmiana.

«Amo mi biblioteca» (308). Poco importa que esta confesión aparezca en labios de Peter Kien, puesto que podría haberla pronunciado igualmente don Quijote. La vida de ambos personajes gira en torno al libro, y este elemento condiciona toda su existencia, como si el universo comenzara y acabara en cada página («su mundo era su biblioteca», escribe Canetti). La realidad permanece velada ante sus ojos, oculta tras el enjambre de la letra impresa; y así, incapaces de ver, se ven obligados a leer los objetos y personas –convertidos ahora en signos– que se cruzan en su camino. En la

<sup>9</sup> En el tercer volumen de sus memorias, *Das Augenspiel* (El juego de ojos), Canetti escribe a propósito de *Auto de fe*: «Era preciso comprender por fin que la demencia no era algo despreciable, sino un fenómeno lleno de relaciones y significados propios, distintos en cada caso» (23).